

Marta Villanueva

La casa vacía



NO golpeé la puerta; estaba entreabierta, y penetré por ella sin vacilar. Tampoco podía temer la acogida que me hiciesen, ni el enfrentarme con el cambiante humor de Inés; la casa estaba vacía.

Inés... ¡pobre Inés!

No obstante, una residencia desocupada es siempre arisca; yo estaba entregado de antemano al temperamento de sus habitaciones.

Al abrir la puerta, se deslizó tras de mí una vara de sol angosta y maltrecha; era el sol de la tarde, un sol sin peso y de color bronceo. No me incomodará, pensé, ni llegará más allá entrometiéndose indiscretamente por los cuartos. Ha de estar atento a su hora de partida.

Yo quería rememorar. El pasado más doloroso hace sólo una pequeña compresión sobre el corazón, pues los años resguardan los recuerdos con sutiles tejidos

que amortiguan; en cambio, ¡qué merecimiento dulce trae la nostalgia! Pero nada percibí al penetrar en el zaguán; me pareció anodino, un pasaje indiferente a toda recepción. En efecto, su papel de introductor le obliga a guardar actitud imparcial, v. g., incolora; el enfrentarse con tantos y variados visitantes requiere no tener continente personal. Pasé adelante, alentada de cierta manera mi timidez; esto de no hallar resistencia me daba holgura, mas sentí a la vez el escamoteo de mis recuerdos: allí iba en busca de ellos; y el zaguán volteaba y desvanecía toda presencia que no fuera la mía actual.

A la derecha quedaba la salita donde conversaba con Inés; me introduje, apelando ahora con la tensión de mi espíritu a los instantes vividos allí. Todo estaba en orden. ¡Rigurosa ordenación! El orden que pertenece sólo al espacio está en pugna con el tiempo, ese caudal del hombre. La acomodación perfecta de los muebles, la simetría particular que conciertan entre sí las cosas estabilizadas, habían desalojado el trazo vivo de Inés, el tiempo de Inés. Convengo en que desapareció pronto el temor que me iba despertando el futuro encuentro con mis recuerdos. Me había intimidado el anonimato en que dormitaba la casa, y las habitaciones por visitar parecíanme amenazantes. No obstante mi reciente tranquilidad, me retiraba defraudado de la sala.

Antes de pasar bajo el dintel, advertí sobre la alfombra, junto al sofá, un objeto redondo y metálico.

Esa pequeña nota de desorden hizo danzar la habitación en un leve compás de alegría. Recogí el objeto: era la polvera de Inés. Le dí vueltas entre mis manos y me pareció sentir en torno mío pequeños ruidos, un oleaje discreto.

—¡Inés! —exclamé.

Creía, en efecto, verla junto a mí sobre el sofá y, lo que era extraño, vi desaparecer del todo mi antigua timidez; su evocada presencia me alentaba.

—¿Por qué no te hablé en aquel entonces de mi amor, Inés?

Ahora miraba aquella imagen a los ojos, y de mi voluntad hubiese dependido cogerla entre mis brazos; mas, sólo lamenté no haberlo hecho de verdad cuando vivía; el pasado se oponía a mi actual deseo. En aquel tiempo, el hábito de las labores le mantenía siempre la mirada vertical hacia las faldas, y su alta y desprendida nuca, y el arqueado cuello le daban ese aire de garza que yo identificaba también a la fugacidad legendaria del ave. Inés siempre estaba en trance de ausencia; jamás facilitó mis avances. La veía preocupada, pendiente de sus hijos, tres criaturas luminosas. Llenaron ellas la casa de alegría y bulla, hasta aquel día en que el silencio hízose de súbito. Cierta, resonó aquel silencio más fuerte que toda la anterior algarabía de sus hijos. Recuerdo cuando me dieron la noticia: ¡había sido lanzada al aire la estrecha familia, pulverizadas las vidas y dispersas en moléculas, navegando in-

definidamente por las regiones invisibles los tres ángeles!

Un fino polvo de oro cayó sobre los muebles y objetos que adornan la salita, sin bulla, en silenciosa invasión. Pronto se retirará el sol y su haz de rayos.

Me había echado al bolsillo la polvera de Inés y parecióme sentir tironcillos leves, una mano introducida en él que quisiese liberarse. La saqué con cuidado y la coloqué donde mismo la había encontrado, al pie del sofá. Sin quererlo había alterado quizás la coordinación establecida allí. Con el tiempo aquel objeto entró tal vez en simetría, una nota de desorden indispensable a la rigurosa ordenación de la sala.

Pasé a la pieza contigua.

¡Por Dios! era este el dormitorio de Inés. Su cama aun estaba deshecha.

Y los empleados ¿qué se hicieron? ¿Por qué abandonaron sus funciones? ¿Es que regresaron las cosas al minuto en que la ausencia se inició? Quizás la casa se vació de súbito, por resonar el accidente con anterioridad a su realización; habrá agentes del aire que transporten y devuelvan los acontecimientos con más rapidez que la que ponen ellos en verificarse. Tal vez la catástrofe la lleva en sí la persona misma y reparta en el ambiente su gestación.

La cama estaba deshecha. Inmaculada la ausencia de Inés. ¡Qué de veces —cuando algún inesperado malestar la obligaba a guardar el lecho— deseé descubrir las ropas hacia atrás y descubrir aquel cuerpo cu-

yas formas acusaban las sábanas! ¡Sólo mirarla! Realizar el más distante de los sentidos, la posesión impalpable. Un día la encontré dormida, allí tendida próxima a mí. Mi visión se enturbió, oí martilleos sobre mis sienes, y no supe más; un compás extraño, acelerado, se había establecido en mí, participando del golpeteo de mi respiración. Mi mano se paseaba desde la garganta de Inés hacia su pecho. De pronto penetré dentro de mi conciencia con tal brusquedad, que se desvaneció el ardoroso ambiente en que me había sumergido. La realidad inmediata, con sus proporciones rigurosas, fué mostrándome la medida exacta de todas las cosas que la avvicinaban, la medida matemática y fría; sólo Inés se redujo, mis dedos atropelladores la habían disminuído hasta alcanzar, durante algunos días, la proporción de un juguete sobre mis palmas. Todo eso pasó; su frente alta y plena iba tomando cada hora la revancha sobre aquellas impresiones. Su nobleza acusaba a mi pequeñez; su hermosura establecía entre los dos una distancia. ¡Qué hermosa era Inés!

La cama está deshecha...

—¡Inés...!

Una nueva visión ha surgido. ¡Por Dios! ¡Por qué te interpones de esta manera! Sólo eres ahora ese atado de chamizas, esos huesecillos pequeños, unos sobre otros, impersonales, que vi después del accidente. Increíble que aquella estampa alta y hermosa, que se prolongaba hacia atrás llenando mi pasado, como si la presencia efectiva tuya hubiese sido consubstancial a

él, se haya vuelto un montón efímero de huesos. Te prolongabas tan efectivamente hacia adelante, que frente a cada cosa, y en cada acto mío estabas patrocinando. Si iba por la calle, al volver la esquina tu miraba me aguardaba. Si levantaba la vista sobre algún alto edificio, su coronación era tu hermosa cabeza o tu expresión impalpable. Confundíase tu espíritu a la más fija materia, o a la forma irreductible, o vagaba tu cuerpo por la brisa sutil, o en el grave canto de los días. Todo era una sola cosa: eras tú llenándolo todo.

Sin embargo, Inés, eras esto . . . sólo esta cosa chica, informe, que había que armar como a un puzzle, y luego insuflar como a un globo para que adquiriese su volumen. Increíble. ¿Dónde estás? ¿Dónde ha quedado aquella parte tuya que trascendía materias, distancias, e iba más allá del impenetrable muro que es la conciencia del hombre?

¡Nada! Tu cama deshecha y entre una y otra sábana nada tampoco. Eso ha quedado de ti . . . ¿me oyes? ¡Nada!

La pieza está vaciada; es una habitación en receso, una marejada en repliegue; todo acusa violentamente una ausencia . . .

Sí, me doy cuenta . . . los grandes elementos crean mayor vacío.

¡Adelante! Estoy en la pieza de los niños.

El sol se ha retirado del todo; se hará en breve plazo el trueque silencioso del crepúsculo contra el alba. Por las hendiduras de la ventana, finos cuchillos

de metal se introducen a la habitación, me palmotean las espaldas como viejos amigos, mas su caricia es seca, nada tiene de ternura. Quizás las brisas de lo alto traigan cantos hacia los espacios baldíos donde perduran sus cuerpos. Tal vez ya les han mecido, como hacía su madre, y silbado villancicos y canciones de cuna. Uno, el menor, quedó, de seguro, mirando con sus ojitos muy abiertos. Era curioso, y pronto se maravillaba de las cosas. El espectáculo penetraba por su retina y mantenía su párpado inmóvil, como si todo aquello cupiese dentro de su pupila, y quedase allí en fijación, holgado, cómodo, definitivo. El niño corría, saltaba, reía, mas llevaba la estampa dentro. A veces asomaba ésta al borde de su boca o giraba por el perfecto círculo de su órbita; todos la veíamos. ¡Mamá! —gritaba— ¡mamá...! quería decir algo, pero era aquello grande para que lo formularan sus labios; no podía, y en aquel grito salía todo, se desparramaba todo por su boquita entreabierta. Ahora irán los tres juntitos, haciendo un solo cuerpo, quizás queriendo alcanzar las dimensiones de la madre.

La pieza de los niños está en completo desorden. Poco se ve; el crepúsculo entra triturándose por la ventana; danzan en el aire evocaciones misteriosas: es un ritual hermético. Los muebles y los objetos se han contagiado de sus leves gestos. No obstante, hay una lucha: irrumpen éstas de pronto con sus formas livianas y colores de alegría, entre esas películas sombrías y soñolientas que depositan las horas de la tarde; se

oyen entre la empaquetadura sutil pequeñas apelaciones, finas voces, timbales de plata.

Inés, ¿que no sientes que toda tu casa está en movimiento, que ha levantado brazos, que de los techos cuelgan plegarias yertas, y que un latido pulsa entre los muros, latidos de carne y sangre, el mismo ritmo de las madres? Levanta tu acento, que te oigan tus hijos; no hables más quedo, que no habrá afluentes para transportar tu voz, ni brisas fugaces que la acojan, enviándola a grandes distancias. Ellos, los tres, se han quedado arriba, en las regiones de absorto silencio, en inmovilidad definitiva. Allí están, clavados sobre el aire, abiertos sus brazos, semejantes a aquella otra trilogía al comienzo de nuestra era; sólo que estos tres tienen un mismo destino. Son idénticos; son bondad o pureza, lo que tú quieras. Son grandes cauces, son corrientes establecidas entre lo de acá y lo de más allá. Alcánzalos Inés, que la palabra de la madre sube.

La voz de un hombre ha entrado indiscretamente por el resquicio de la ventana. ¡Qué grueso timbre tiene, liso y sin temblor! Es como si una carreta de frutas se hubiese volcado sobre el concreto. Ha invadido ella toda la pieza, y las resonancias de plata se han extinguido.

—Señor, puede Ud. retirarse, esta es una casa cerrada, una casa en receso...

El señor querrá tal vez alquilarla.

¿Pero que no ve que está habitada? He dicho cerrada y no desocupada.

Ignoran que las casas cerradas no siempre están libres. La que Ud. ve está totalmente llena, de arriba abajo, en muchos pisos, como una librería donde los volúmenes reposan sus pies sobre las cabezas de nuevos volúmenes. Si Ud. supiese cuantas cosas se murmuran cuando los pies de otros tocan nuestro frontal. Ud. sabe... es el círculo que se cierra. Hoy en día, ¡por Dios! todo obedece al círculo; dentro de él es la cosa completa. Se piensa y si el pensamiento no ha dado la vuelta, no ha mordido el origen, decimos con un mohín despectivo: aquella idea está mal formulada, o le falta a la frase *sindéresis*. Tenemos muchas palabras muelles para nuestra posición. En cambio, recorreremos su órbita, llegamos al principio, y caemos sentados sobre un sillón muy cómodo. No hay duda que es la comodidad nuestra tendencia del día. ¿Sabe Ud. por qué? Estamos cansados, hartos de zangolotearnos...

¡Inés...! ¡Inés...! Se ha ido Inés. ¡Cómo es posible! Una sola voz ha desalojado a ti y a tus hijos. Es mejor que así sea, Inés.

Debo confesarte: cuando entonces te alejaste, cuando te fuiste de la ciudad y no vi más tu belleza, ni vi el arabesco liviano que con sus cuerpecitos dibujaban tus hijos, y no pensé cómo besaría tus labios, ni cómo me aproximaría a aquellas formas juveniles que tanto soñé hubiesen sido moldeadas por mí, sentí alivio. ¿Sabes? aquel alivio de nada realizar. Era más fácil recordarte y conquistarte allí en la memoria, de la manera que más me acomodase. Todo marcharía sobre

ruedas. Imaginaba que de ti había tenido tres hijos —tu realidad me incitaba a aquel número— y eran extraordinarios. En verdad, nunca me aparté de los modelos que conocía, pero eran míos, podía formarlos a mi antojo. Un padre desea prolongarse en su descendencia, es un sentimiento conocido. Les veía en mi mente tal rasgo, o aquel otro matiz que en mi anhelo creía pertenecerme. Cierto es que a menudo confundía como propias las cualidades que de verdad ellos tenían. Así fuí aproximándome al progenitor, a tu difunto esposo; fuí confundiéndome en él, y me pareció admirable la identificación. ¡Semejarle! Comencé poco a poco a dilucidar su personalidad en la observación de tus gustos y los de tus hijos, y día a día esquivé de esta manera mi persona. Viví de la memoria de alguien a quien yo mismo había dado origen y creado. Indistintamente con mi personaje ocupábamos un mismo sitio. Tanto fué así, Inés, que comencé a olvidarte de extraña manera. Desde luego, te fuí infiel, el otro permanecería contigo; mis responsabilidades también debilitáronse; batallar me era penoso, y el camino fácil, que es siempre descendente, tuvo por término bajos placeres. Tú llegaste a ser sólo un punto de referencia; cierto que cuanto más distante de ti estaba más te apreciaba. Allá lejos, brillabas limpiamente, como Canopus o Sirio en el firmamento, y tu luminosidad era mi goce. Pero todos los astros se ponen, Inés, y te fuiste tú con lentitud celeste. ¡Quién me hubiese dicho que aquello me presagiaba días de oscuridad! No, no

fuiste tú quien se hundió tras la línea curva, fui yo mismo quien se sumergió de sopetón en medio del fango.

De nuevo se oye esa voz en la calle... no vaya a entrar aquel señor por el resquicio de la ventana; su timbre ronco me ha hecho estremecer, parece poblada de lenguas su boca, como las serpientes esculpidas en el medioevo; cada una de ellas mencionará un hecho delictuoso mío, quizás aquellos mismos que yo habría deseado suprimir; larga una, asquerosa y afilada, páreceme verla introducir con cautela por una cerradura... y la puerta cede...

Inés, aun me sobrecogen mis pasadas actuaciones, mas no contraigas el ceño, quiso la suerte comprometer sólo mi cobardía, sin realizar. Todo quedó intacto, en la oficina de mi jefe; me recobré casualmente.

Siempre me he interrogado cómo es posible que mi inercia anterior me llevara precisamente a tan grande actividad; porque así es cuando se delinque; todo está en contra, absolutamente todo. Cada paso es un terrible debatirse. Crujen los pisos y surge un cerco de pies, un tañido de campanas resuena en lo más interno de nuestro pecho, son golpes que nos da un cincel. Recuerdo que junto al pupitre de mi jefe, en medio de esos voceríos, se produjo la tregua; cesó de súbito la hostilidad de las cosas; no dijeron más: la alfombra repelió sus ruidos; los muebles de la oficina reposaron expectantes sobre un solo pie, como inmóviles cigüeñas; creo haber visto también suspenderse hacia el techo la

gran lámpara del centro. Todo quedó inmóvil, mirándome con fijeza. Cada acto mío iba a ser terriblemente registrado, pero yo estaba vaciado, ausente en mí toda tentación; bien podía usurpar, como alcanzar un libro o conversar, aun cuando mis piernas estuviesen flojas y caladas, y el cincel allá dentro diese y cavase fuerte. Exactamente en ese instante, recuerdo, púsose a circular por el aposento un moscardón; su zumbido parecióme el ruido de una hélice. ¿Acaso el avión que dió tu muerte me lo ha traído a la memoria? Todo lo demás desapareció. Yo calculaba su distancia en proporción a su tamaño. Próximo a mí, girando violentamente, devorando el silencio: me cogería. Tuve terror. ¿Terror de qué? ¡De cuánta cosa! Era ineludible su bulla, su peso, su extrañeza. Porque en el vertiginoso vuelo imaginé el rostro de aquel insecto, su expresión monstruosa, y busqué correspondencia en experiencias anteriores. Nada había que le parejase; era aquello inédito, era intransferible, y el desconocimiento tenía la fuerza del vacío; me sentí succionado por enormes labios. Le veía de lejos, girando por los rincones del aposento; la rápida disminuciór de su tamaño daba la sensación de una distancia producida entre los muros de aquella cámara; la extensión dominaba, pero el alivio que debería producirme su alejamiento se llenaba de amenazantes expectativas. Aun la tarde merodeaba, como ahora, por la oficina de mi jefe. La puerta se abrió y fugóse por ella el tronador insecto. No me sorprendió ver los batientes girar; contemplé impávido la

presencia del patrón en la sala. Le vi llegar como a alguien a quien se le espera, y exclamé con desenvoltura: ¡se ha marchado, por fin, gracias a Dios! Se restableció lentamente mi red sanguínea. Frente a mí, permaneció él inmóvil; quizás nada comprendió; se alzó de hombros y guardó silencio, temiendo, de seguro, que un leve movimiento le destruyese la confianza que había depositado en mí. Salí y le vi aun quieto desde afuera, mientras mis pulmones absorbían glotonamente el aire puro.

¡Que vuelva el pregonero, Inés, con su voz extraordinariamente inoportuna! He abierto las ventanas, se han removido las sombras, y la brisa ha sacudido telarañas. Todo aquello que dormitaba torpemente en la oscuridad y removió un oleaje, salió con la presión, como si las rejas de las ventanas fuesen esclusas.